

Y, si nació poeta, fué soldado;
Que en la edad de tus héroes gloriosa
Combatir fué cantar, y desventura
En ocio blando afeminar el pecho,
De bélico laurel por muelle rosa
Cambiar coronas, y en sosiego inerte
De perfumado lecho
Pasar la vida y esperar la muerte.

Empero entonces al nacer tus hijos,
Armados con el yelmo y la coraza,
Cual Minerva de Júpiter, salían.
Entonces, con prolijos
Afanos generosos,
Noble y sublime raza
De varones egregios fabulosos
Al fuerte pecho madres españolas
Para el imperio universal nutrían,
Domadores del suelo y de las olas;
Ó con pompa triunfal los recibían,
Si en el combate crudo
Sobre el ferrado escudo
Por la patria y la gloria sucumbían.

Y en tu abandono y soledad presentes,
En vano de Gonzales y Guzmanes
Buscas hoy anhelosa
El fuerte corazón, las fieras almas.
Del alto cielo sus sagrados manes,
Huéspedes sin país ni descendientes,
También en vano con la faz llorosa
En tu agostado suelo buscan palmas
Y entre sus hijos victoriosas frentes.

«¿Por qué la muchedumbre
De empavesadas naves españolas
No surca tus espacios, mar bravía,
Como cuando, señora de las olas,
Con sus inflados linos las cubría?

¿Por qué la pesadumbre
De los ferrados tercios y corceles
No oprime la ancha tierra,
Ni al fragor de sus pasos cuanto encierra
El orbe, gime y la cerviz humilla?
¡Cuelga al templo marchito tus laureles,
Degenerada estirpe castellana!

»Depositaria infiel, ¿qué fué del mundo
Que nuestro brazo sometió á tus plantas,
Siguiendo del fecundo
Blondo rey de la luz largo camino,
Arrostrando del báratro profundo
Argonautas triunfantes los furoros,
Y el nuevo vellocino
De la aromosa América, sus flores,
Sus áureas venas, colocando fieros
Bajo la egida de tus cruces santas
Y en la punta fatal de los aceros?

»¿Por qué túrbidos mares,
Por qué anchurosos ríos,
Por qué elevados montes
Que dieron culto á los iberos lares,
Cual á sus patrios dioses tutelares,
Limitan hoy impíos
De tu antiguo solar los horizontes?
El Indo mar remoto;
Los que de Alcides la potente mano
Quiso apartar con desusado muro
En el confín estrecho gaditano;
Los que con frágil linde mal seguro
El istmo ora separa americano
Y el gélido hiperbóreo mar ignoto,
Á tus sonantes proras
No se abren ya, cual antes, vencedoras.

»Los que con rica vena
Reyes de ríos á la Europa bañan,

No por sus anchas puentes
Dan paso á tus legiones;
Ni sus claras corrientes,
De domadas naciones,
Uncidas con la espada á tu cadena,
Con roja sangre empañan.
El padre Tajo, que en tu suelo nace
Y en grande espacio te fecunda el seno
Con puras linfas y dorada arena,
Toma nombre, ¡oh dolor! de Lusitano,
Y discurre sereno
Por el que, agora ajeno,
Abundoso país, al tuyo hermano,
Hizo de un Alba la invencible mano.

»¡Orgullosa monarca
De la mitad de América fecunda,
Rico en ondas, sonoro, majestuoso,
Amazonas potente, que á los mares
Alimento darás, que no tributo;
Y tú, de junco y palmas coronado,
Cuyo raudal copioso
De nueva vida sin cesar inunda
El suelo que llenó de sangre y luto
Avaro mercader, rudo soldado,
Orinoco feliz, tan envidiado
De regiones extrañas
Cuanto fuiste de olvido á las Españas;
Lejos corres del pobre Manzanares,
Entre nuevas naciones
Que tienen por perpetuas estaciones
Fecundo Agosto y floreciente Mayo,
Emancipadas hijas de Pelayo!

»¡Alzate, y osa, España,
En torno á ti las húmedas miradas
Volver sobre la tierra!
Mira si en el cenit al sol empaña
De polvo densa nube,

Cuando los montes empinados sube
Y al valle cae, y contra el galo cierra
Numeroso escuadrón de tus bridones
Y en turbias oleadas,
Al grito de Santiago, furibundo
Absorbe y rompe las de acero armadas
Falanges de caballos y peones
Que en vano opone á su valor el mundo!

»¿Oyes el relinchar de los corceles?
¿Oyes el choque de las armas fiero?
Tumulto y gritos, llantos y tropeles;
El trueno del mosquete que restalla;
El silbo agudo de veloz saeta;
De lanzas y de estoques y broqueles
El crujir temeroso:
Y el agudo sonar de la trompeta
Que anima á la batalla
Y vibra en los espacios lastimero;
¿Oyes, España, cual la voz temida
Del Niágara potente en su caída?

»¡Oh madre España, sin ventura y triste!
El silvoso Apenino ya no asiste
Mudo testigo á presenciar la gloria
De iberos generosos;
Ni los Alpes añosos
Sobre sus canos y movibles hielos
Huellas conservan de tus fuertes pasos.
Ejemplo de fortunas y fracasos,
Castigo duro de inclementes cielos,
Alza Pirene infiel su faz serena;
Pero ya no es tu puente, es tu cadena.
Negra mancha á tu historia,
El infame Peñón también existe,
Que tu molicie y tu estupor condena,
Y en las cumbres del Ande borra el hombre
De tu dominio y tu grandeza el nombre.

»¡Ay! No sirvió que dueños de la tierra,
Cual reyes del espacio, tus pendones
Llevaran como sol sin Occidente,
Doquier á cuanto encierra
Los rayos de tu luz resplandeciente;
Ni que atónitas dieran las naciones
Tributo de terror á tus legiones.
Los que en marcha triunfal tu carro ornaron,
De esclavos en señores se tornaron;
Manos impías tus cabellos de oro
Rompieron con dësdro;
Tu fulgënte diadema
Objeto fué de su ambición suprema;
Y en jirones partido el manto regio
Sirvió á bandidos para echar las suertes
Con que, á ley de más fuertes,
Tus pedazos sangrientos disputaron
Y el santo nombre de la patria egregio
Con irritantes burlas mancillaron.

»¡Señora del imperio
Que uno y otro hemisferio
Unió del mundo! ¡Triunfadora altiva!
¿Dónde está de tu gloria el monumento?
¡Oh mísera cautiva!
¿No ves de tu poder el polvo al viento?
Llora sin tregua, España, en tu amargura;
Que confuso recuerdo es tu ventura
Y la centella que vibró tu mano
Sobre el orbe obediente,
Desprecio ya á la gente,
Relámpago fugaz y ruido vano.»

Así con voz que al trueno
En su estampido y su fragor excede
Y que conmueve el mundo
Y hace temblar su entraña,
Contigo y contra ti, mísera España,
Las almas de tus héroes exclamaron

Y, al ver en tu cerviz del yugo ajeno
Candente marca y deshonor profundo,
De ti la vista airada separaron
Y en tu mengua por patria te negaron.

De tal altura ¡oh madre! has descendido
Á tal abismo, á tan profunda sima,
Que á Luzbel maldecido
En la alta gloria, en la desgracia suma,
En la soberbia, en la maldad recuerdas.
¿Qué mucho que al mirarte,
Hijo piadoso, en tu desgracia gima?
En otros tiempos, impotente el arte
Ni á tus anales pluma,
Ni al áureo plectro sonoras cuerdas
Dió que pudieran elevar su vuelo
De tu grandeza y de tu gloria al cielo;
Y hoy, madre, basta sólo
Mi rudo verso, que desdeña Apolo,
Tus males á llorar y tu honda pena,
Al compasado son de tu cadena.

Así tal vez del Alpe en la montaña
Vecina al alto cielo,
Torrente impetuoso
Se forma de las lluvias y del hielo,
Y al descender al valle y la campaña,
Convierte en vena de anchurosa ría
El mezquino raudal de un arroyuelo.
Entonces ni por vado ni por puente
El rebaño medroso,
El pastor imprudente,
Ni el altivo monarca pasaría,
Hasta que viene un día
Y el prestado caudal le roba Agosto,
Coronado de espigas y de fuegos,
Y pasa el niño, en infantiles juegos,
Con planta enjuta el pobre cauce angosto.

A DIOS.

Perlas son de tu manto las estrellas;
Tu corona los soles que al vacío
Prendió tu mano, y de tu imperio pío
Espada y cetro al par son las centellas.

Por el éter y el mar andas sin huellas;
Y cuando el huracán suelta bravío
Sus mil voces de un polo al otro frío,
Con tu voz inmortal sus labios sellas.

Doquiera estás; doquier llevan tu nombre
Mares, desiertos, bosques y palacios,
Cielos y abismo, el animal, el hombre;

Aunque estrechos la mente y los espacios
Te llevan ¡oh Señor! sin contenerte,
Te adoran ¡oh Señor! sin conocerte.

AL SOL.

Mares de luz ¡oh sol! en la alta esfera
Derrama triunfador tu carro de oro,
Y la vencida luna con desdoro
Su antorcha apaga ante tu inmensa hoguera.

Y el águila de rayos altanera
Hasta el cielo á buscar va su tesoro;
Y esparce al viento su cantar sonoro
Del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra y el mar y el claro cielo
Penetrados por ti hierven de amores
Cual de un esposo al fecundante anhelo.

¿Quién la lumbre te da? ¿Quién los ardores?.....
El ser á quien tu luz, que nos asombra,
Es fuego sin calor, es mancha, es sombra.

AL MAR.

Te admiro ¡oh mar! si la movable arena
Besas rendida al pie de tu muralla,
Ó si bramas furioso cuando estalla
La ronca tempestad que el mundo atruena.

¡Cuán majestuosa y grande si serena!
¡Cuán terrible si agitas en batalla,
Pugnando por romper tu eterna valla,
Con cólera de esclavo tu cadena!

Tienes, mar, como el cielo, tempestades;
De mundos escondidos prodigiosa
Suma infinita que tu mole oprime;

Y son tu abismo y vastas soledades,
Como imagen de Dios, la más grandiosa;
Como hechura de Dios, la más sublime.

ADIÓS A LA PATRIA.

ODA.

¡Tierra del sol amada,
Donde inundado de su luz fecunda,
En hora malhadada,
Y con la faz airada,
Me vió el lago nacer que te circunda!

¡Campo alegre y ameno,
De mi primer amor mudo testigo,
Cuando virgen, sereno,
De traiciones ajeno,
Era mi amor de la esperanza amigo!

¡Adiós, adiós te queda!
Ya tu mar no veré cuando amorosa,
Mansa te ciñe y leda,
Como delgada seda
Breve cintura de mujer hermosa;

Ni tu cielo esplendente,
De purísimo azul y oro vestido,
Do sospecha la mente
Si en mar de luz candente
La gran masa del sol se ha derretido;

Ni tus campos herbosos,
Do en perfumado ambiente me embriagaba,
Y, en juegos amorosos,
De nardos olorosos
La frente de mi madre coronaba;

Ni la altiva palmera,
Cuando en tus apartados horizontes
Con majestad severa
Sacude su cimera,
Gigante de las selvas y los montes;

Ni tus montes erguidos
Que en ímpio reto hasta los cielos subes,
En vano combatidos
Del rayo, y circuidos
De canas nieves y sulfúreas nubes.

¡Adiós! El dulce acento
De tus hijas hermosas; la armonía
Del suave concento

De la mar y del viento
Que el eco de tus bosques repetía;

De la fuente el ruido;
Del hilo de agua el plácido murmullo,
Más amable á mi oído
Que en su cuna mecido
Es grato al niño el maternal arrullo;

Y el mugido horroroso
Del huracán, cuando, á los pies postrado
Del Ande poderoso,
Se detiene sañoso
Y á la mar de Colón revuelve airado;

De la cóndor el vuelo,
Cuando desde las nubes señorea
Tu frutecido suelo
Y en el campo del cielo
Con los rayos del sol se colorea;

Y de mi dulce hermano
Y de mi tierna hermana las caricias;
Y las que vuestra mano
En el albor temprano
De mi vida sembró, puras delicias,

¡Oh madre! ¡oh padre mío!
Y aquella en que pedisteis, mansión santa,
Con alborozo pío
El celestial rocío
Para mí, débil niño, frágil planta;

Y tantos ¡ay me! tantos
Caros objetos que, en mi triste historia
De miserias y llantos,
Marcan á mis quebrantos
Breve tregua tal vez con su memoria.

Todos yacen perdidos;
Que ausente del hogar en tierra extraña,
Mis penates queridos
Lloran entristecidos
En tu almo suelo al refugiarse, España.

Puedas grande y dichosa
Subir ¡oh patria! del saber al templo,
Y en tu marcha gloriosa
Al orbe, majestosa,
¡Dar de valor y de virtud ejemplo!

No te duela mi suerte,
No maldigas mi nombre, no me olvides;
Que aun vecino á la muerte
Pediré con voz fuerte
Victoria á Dios para tus justas lides.

AL AÑO DE LAS GRANDES ESPERANZAS.—1830.

ODA.

(Traducción de G. Rossetti.)

¡A las armas! el hierro fulmina:
Luzca el yelmo, de plumas ornado:
Baja al campo, ministro del hado;
La esperanza relumbra en tu sién.

En la senda que el tiempo te marca,
Tus pies graben su huella profunda,
Siendo al pueblo memoria fecunda
Y á los reyes aviso también.

Hoy se cumple la empresa sublime

Que el destino á tu diestra ha fiado:
Año grande, á los libres sagrado,
En los fastos tu nombre será.
De laureles gloriosos ceñida
Y de fúlgidos rayos tu frente,
De los siglos futuros la gente
Bendecido tu nombre verá.

La razón precursora te guía,
Y veloz se aproxima á la meta:
En el Austria combate secreta,
Y hasta Rusia camino se abrió.
Y la antorcha inmortal sacudiendo
Pasa y grita en su marcha triunfante:
«Deja el sueño, mortal, delirante;
Soy la aurora de un fúlgido sol.»

Á sus voces, que el eco difunde,
Sus conquistas prepara Lutecia,
Y en Sarmacia, Brabante y Helvecia,
Patrio fuego se mira surgir.
Son sus voces cual soplos del Bóreas
En la llama de hogueras hirvientes:
Son hogueras los pueblos valientes
Que ambicionan frenética lid.

De la cima del Alpe nevoso
Hasta el cráter del Etna inflamado,
Veces mil, cual gigante ha pasado
Y la Italia su acento escuchó.
«Ponte el yelmo, la mitra abandona,
¡Oh caduca señora del mundo!
Deja, ¡oh reina! tu sueño profundo;
Soy la aurora de un fúlgido sol.

»¡Infelice! Ya el águila fiera
Con sus garras asida á tu entraña,
Insaciable duplica su saña
Porque el cebo la torna mayor.